

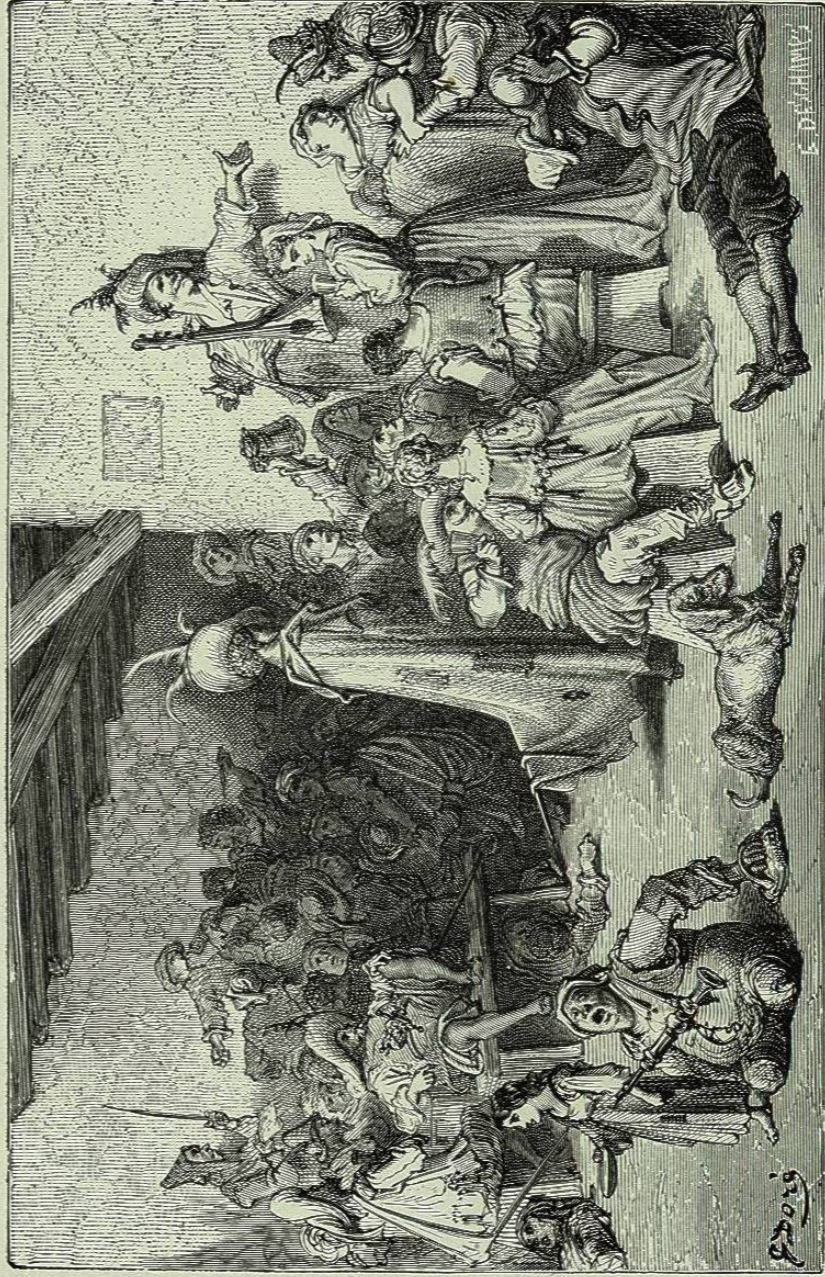
ma de la mesa, pues los jugadores por lo común son silenciosos, salvo, en caso de pérdida, que vomitan por su boca algunas interjecciones blasfematorias. Después de favorables y contrarias alternativas, el vacío, hácia el cual la naturaleza y sobre todo el hombre sienten horror, quedó practicado en los bolsillos de Lamourde, quien, lallo de dinero, quiso jugar sobre su palabra; pero esta no era moneda corriente en tal sitio, donde los jugadores, al recibir la ganancia, á manera de prueba mordían las piezas á fin de asegurarse de que los lingotes no eran de plomo dorado, y de están para fundir cueharras los testones. Por eso le fué pues al espadachin marcharse pelado como una rata, después de haber entrado dándose palmos de gran señor y haciendo cantar las pistolas en su sacaca.

—¡U!—exclamó cuando el aire fresco de la calle le dió en el rostro y le devolvió su sangre fría, —hème ya á mis anchas; parece imposible lo que me narra y embriutecé el dinero. No me extraña que los mercaderes sean tan estúpidos. Ahora que no tengo un sueldo, me siento despejado; las ideas zumban al rededor de mi cerebro como abejas en torno de un colmenar. De Laidon me truco otra vez en César. Pero las doce dan en la Samaritaine, y Merindol debe estar aguardándome delante del rey de bronce. Vamos allá.

Y el maton se dirigió hácia el Puente Nuevo, donde halló á Merindol entretenido en contemplar su sombra á la luz de la luna. Los dos espadachines, después de pasar á su alrededor una mirada investigadora para asegurarse de que nadie podía oírles, tuvieron, en voz baja, no obstante, una larga conversacion. ¿Qué dijeron? lo ignoramos; pero al separarse de Lamourde el agente de Vallombreuse, aquel hacia rostro en sus bolsillos con una insolencia que demostraba cuán temido era en el Puente Nuevo.

EL RABANILLO CORONADO.

EL RABANILLO CORONADO.



EL RABANILLO CORONADO.